

La fundación del Instituto

H. Javier Marquinez

El Padre Andrés Coindre terminó de repartir la comunión a aquellos diez hombres a los que él mismo había convocado para ser los primeros hermanos de su congregación. En la iglesia había también un pequeño grupo de fieles llegados a Fourvière para asistir a la primera misa de la mañana de aquel domingo 30 de septiembre de 1821.

Se notaba que estaba amaneciendo en el exterior. Una luz mortecina comenzaba a aclarar las vidrieras de Notre-Dame, la pequeña iglesia que dominaba la ciudad de Lyon desde la cima de la colina que reza, como llaman los lioneses a Fourvière. El interior estaba todavía oscuro. La nave central se iluminaba únicamente por las luces mortecinas de la lámparas que colgaban de las columnas. En el retablo mayor destacaba la imagen de la virgen con el niño, ambos ricamente vestidos, centro de la devoción, virgen milagrosa a la que habían acudido los lioneses para celebrar, pedir, rezar, y también llorar, a los largo de toda la historia de la ciudad.

El Padre Coindre se recogió un momento para orar y dirigió al Señor una plegaria que brotaba desde lo más profundo de su ser: “Te doy gracias, Señor, por la vida de estos diez hombres que hoy se comprometen a ser hermanos de los Sagrados Corazones. Protégelos y protege también esta pequeña congregación creada únicamente para la alabanza de tu nombre. Haz que estos hermanos santifiquen sus propias vidas y sean el faro donde los niños y jóvenes que tienen encomendados te vean también a ti, que eres el Salvador, el principio y fin del universo”.

Cuando terminó la oración, se dio la vuelta para enfrentar los rostros iluminados de aquellos hijos suyos. Tras una breve indicación sin palabras, el primero de los hermanos se acercó al altar y recogió de manos del fundador una cartulina que contenía el texto que habían preparado durante los días previos de retiro:

“Yo, ... , hermano ..., doy fe y certifico que por la gracia de dios, hoy, 30 de septiembre de 1821, hago voluntaria y libremente, en las manos de mi superior, el Padre Andrés Coindre, en la iglesia de Nuestra Señora de Fourvière, la profesión privada de votos simples de pobreza, castidad y obediencia en la congregación de los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y María, de acuerdo a las reglas de San Agustín y las constituciones de San Ignacio”.

Fueron pasando uno a uno. Cuando terminó de pronunciar sus votos privados el último de los hermanos, el Padre Coindre impartió la bendición final a los fieles que inclinaban sus cabezas en señal de que esa bendición era el punto de partida de una vida nueva, que nacía en el templo y estaba a punto de extenderse a toda la ciudad, a toda Francia, quizás al mundo entero.

Coindre entró en la sacristía para desvestirse de la ropas litúrgicas. El sacristán de Fourvière, mientras murmuraba las oraciones de un rosario que llevaba pendiente de su cinturón de cuero, permanecía atento a los movimientos del sacerdote que parsimoniosamente iba dejando en un aparador de nogal oscuro, primero la estola, luego el alba y la casulla. El viejo sacristán enseguida encontró el armario correspondiente para dejar cada uno de los objetos. Cuando todo estuvo terminado, el hombrecillo desapareció sin decir palabra y Coindre se ajustó la sotana, arregló con un leve toque de sus dedos el cabello de las sienes y salió de nuevo a la nave de la iglesia.

Todavía estaban los diez nuevos religiosos en profunda oración, de rodillas, algo abrumados, pero a la vez eufóricos con el acontecimiento que acababan de vivir. Coindre también se arrodilló en el primer banco, con las manos tapando su rostro. Al cabo de unos minutos pareció despertar y recuperar de golpe toda su energía: “Vamos”, dijo. Se levantó, hizo una profunda y larga genuflexión y emprendió decidido el camino hacia la puerta de la iglesia.

Salieron a la gran explanada de Fourvière que, excepto algunos pocos lugares enlosados, estaba cubierta con una tierra ocre que contrastaba con la piedra blanca de la fachada. En los límites de la plaza se veían las casas campesinas que daban paso a frondosos huertos donde eran visibles los últimos frutos del verano. Hasta la plaza llegaba el olor dulce de los melocotones amarillos, el inconfundible aroma de la ciruela madura, la fragancia de las últimas rosas del verano. El amanecer estaba teñido de rosa, como fuego recortado en el horizonte que amenazaba incendiarse por completo en tonalidades carmesí, anuncio de un día glorioso.

La primera comunidad de los hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María se congregó en la balconada de hierro desde donde se dominaba la ciudad, muy cerca del ábside de la Iglesia. Habían llegado hasta allí caminando de forma despreocupada, como si el tablero de la vida se hubiera inclinado hacia aquel sitio desde donde se contemplaba una ciudad a punto de abrir todas sus ventanas.

—Queridos hermanos —comenzó el Padre Coindre con un toque de emoción en su voz—, la ciudad despierta al mismo tiempo que Dios se ha despertado en nosotros. El deseo de servirle más de cerca les ha hecho religiosos para que pertenezcan solo a Él. Recuerden que es un Dios celoso, al que hoy han prometido fidelidad para encontrarlo en las personas de esos muchachos pobres y abandonados que Él ha puesto bajo su cuidado y protección.

Algunos se animaron a compartir con sus compañeros las palabras que les venían a los labios. En aquel ambiente de intimidad, en aquel lugar solitario, ofrecían a sus hermanos la vida que iba surgiendo al mismo tiempo que la claridad del nuevo día.

—Dios me ha dado otra vida, una nueva oportunidad —dijo Víctor Guillet, el ya convertido en Hermano Borgia—. Ahora pienso en mi hija, en que cuando sea mayor podrá comprender que el amor de su padre por ella se ha hecho más grande y que abarca a los niños y jóvenes de esta ciudad que todavía no han encontrado el amor de Dios ni de los hombres.

El aire se entibiaba, y el rocío matutino, depositado en las plantas, empezaba a formar mil diminutos arroyos que corrían por las hojas, raudos por devolver a la tierra aquella agua que venía del cielo.

—Quien me iba decir a mí hace unos meses —dijo en alta voz el nuevo Hermano Javier— que la vida religiosa iba a ser mi vocación definitiva. Llegué a Lyon siendo casi un niño, con la poca instrucción de las primeras letras aprendidas en la escuela de mi pueblo. Enseguida me inicié en el oficio de tejedor, y fui ascendiendo de categoría poco a poco en el taller de la señora Besson. Estaba seguro de que esa iba a ser mi profesión para el resto de mis días. Pero un día vino el Padre Coindre para invitarme a trabajar con él en el Piadoso Socorro y, estando con los muchachos en el taller, trabajando en los telares, otro día vino Dios a enseñarme mi verdadera vocación: hacerme santo ocupándome de esos pobres muchachos. Esto es lo que hoy siento con toda mi alma.

El joven sacerdote, ya fundador, sonrió ante las palabras del joven. Tenía especial debilidad por aquel muchacho sincero y valiente que era desde ahora el primer hermano de los Sagrado

Corazones, el primero que había respondido a la llamada para que, sin dejar la lanzadera y los hilos, se convirtiera en tejedor de las maravillosas obras de Dios.

Aquellos hombres jóvenes siguieron desgranando sus emociones, algunos con la voz llena de determinación, otros con la voz quebrada y embargada por las emociones que se agolpaban en los labios. Mientras tanto el día ya se había levantado del todo y la ciudad despertaba con calma aquel domingo de septiembre. En ese momento las campanas de la catedral, allí abajo, junto al río, comenzaban a llamar a los fieles a la misa del domingo.